

COLABORACIONES DE "VIDA NUEVA"



EL P. P. E.

El pontificado de Benedicto XV ha transcurrido durante la gran guerra de las naciones, que no podemos decir que se haya de hecho aún acabado. Y en ella apenas si ha significado algo aquél. O la guerra resultaba demasiado grande para el Pontífice o éste demasiado pequeño para la guerra. Su intervención, no ya en la guerra, sino en la paz, ha sido casi nula. Acaso por haber quedado ser un Pontífice más bien político.

Se ha dicho que después de firmado el Tratado de paz se está notando una reacción católica en casi todas las naciones. Para poder afirmarlo tendríamos que ponernos de acuerdo respecto a lo que quiera decir reacción, de un lado, y católica, de otro, lo que no es tan fácil como parece. Otros dicen cristiana; otros, espiritualista. Pero es acaso el espiritualismo del miedo, que es todo lo contrario del verdadero espíritu. Las gentes empiezan a cerrar los ojos frente a la Esfinge.

Mas por lo que hace a Italia, cuando menos, el pontificado de Benedicto XV ha visto formarse lo que allí llaman el P. P. I., esto es, el partido popular italiano, el que fundó el sacerdote Don Sturzo. Partido principalmente de rurales y que en un principio se nos presentaba como una especie de socialismo agrario, algo como fué el genuino carlismo popular, el de los carlistas de monte, el que surgió como una protesta contra los efectos económicos de la desamortización liberal. Y con el que tanto parentesco guardaban muchas de las doctrinas de Joaquín Costa y ahora de las que anda predicando el Sr. Ossorio y Gallardo. Pero eso parece ser lo más externo y aparental de ese P. P. I. que se formó durante el pontificado de Benedicto XV.

Los cuatro puntos cardinales del programa de Don Sturzo parecen ser: primero, el restablecimiento de la cuestión llamada romana, o sea la del poder temporal del Pontífice; segundo, la libertad de enseñanza en el sentido que a ésta dan los clericales, y que con frecuencia se cifra

en libertarse de la ciencia o, por lo menos, al atenerse a lo de "eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante"; tercero, la autonomía de los Cuerpos locales, el regionalismo, el federalismo güelfo o papal, la guerra al Estado unitario civil y laico; y cuarto, la Sociedad cristiana de las Naciones, o sea la Iglesia católica como una especie de sobreestadio, esto es, el imperialismo clerical.

Es curioso ese antarquismo localista o autonomismo que propugna el P. P. I., tan parecido al regionalismo de nuestros antiguos genuinos carlistas. En el fraccionamiento orgánico del Estado, la Iglesia quedaba como el lazo de unión. Se trataba de deshacer los Estados modernos, los grandes Estados, los Estados gibelinos, los que nacieron del Renacimiento y la Reforma y se consolidaron con la Revolución: los Estados liberales. Porque liberalismo no quiere decir sino catolicidad, o sea universalidad civil y laica.

Don Antonio Maura, que no sabemos que haya renunciado a seguir llamándose liberal, como se llamó al entrar en la vida política, ha dicho alguna vez que el liberalismo es el derecho de gentes moderno. Y el derecho de gentes es el derecho internacional privado, y más bien que internacional, universal. Que es lo que originariamente significó católico. Es, pues, el liberalismo la catolicidad civil y laica.

Y viniendo ahora a nuestra España, ¿no se observa acaso cierta tendencia a formar lo que podríamos llamar el P. P. E., el partido popular español? De que fueran dos normas cardinales un cierto autonomismo—municipalismo, regionalismo, etcétera—y lo de la libertad de enseñanza, camino de quitarle al Estado la función docente. En Italia, el P. P. I. ha echado abajo en cuanto ha podido los exámenes de Estado que estableció Benedetto Croce. Y este P. P. E., ¿no sería la derivación del maurismo? En cuanto éste se popularizara, que le falta mucho para ello.

La consigna es ahora ir formando en los distintos campos las Aso-

ciaciones llamadas católicas, y si el peligro para la catolicidad civil y laica, para el liberalismo, para el derecho de gentes moderno—el que procede de la Revolución—es pequeño, débese al escaso sentido político de los que promueven y alientan ese asociacionismo. Porque siempre hay que confiar en la obtención política de todo género de je-

suitismo español. O de españolismo jesuítico.

En los más graves problemas prácticos y concretos de momento es, en efecto, muy peligroso para el catolicismo eclesiástico fijar una solución como católica. Es peligroso recomendarle a un católico como a tal una tendencia proteccionista o librecambista. Y si se acude a lo de que en estas cuestiones los católicos deben defender lo que sea justo, es una oquedad. Oquedad tan grande como aquella de León XIII sobre el salario justo, cuando todo el problema estriba precisamente en determinar la norma de justicia del salario. Y en esta oquedad es en lo que fiamos.

Ese asociacionismo católico a la española no debe darnos cuidado sino en cuanto tiende a corroborar la terrible pereza mental que tiene postrado a nuestro pueblo. Pero ello es acaso el más grave peligro, porque es el peligro pavoroso de escamotear toda solución. Como cierta llamada libertad de enseñanza se reduciría en la práctica a libertarse de tener que enseñar. Y hasta a defender el derecho a la ignorancia.

Todo esto aquí en rápida revista esbozado va a tener en adelante mucho que darnos que hacer. Van a volver a plantearse problemas que se decía pasados de moda.

Miguel DE UNAMUNO